

La filosofía de lo moral ¿una empresa sin intereses?

La actividad filosófica que se desarrolla en Latinoamérica exhibe rasgos de muy variada índole. Y como es de esperar, a la hora de sopesarlos hay algunos resultados positivos y otros —unos cuantos, me temo—, negativos. Entre los rasgos negativos se cuenta uno que merece, creo, un comentario crítico más o menos extenso. Me refiero a la *falta de interés* que concitan los estudios de filosofía moral; a la obvia *postergación* que sufren frente a ciertos temas preferidos que proporcionan la metafísica, la filosofía de la lógica, la filosofía del conocimiento, entre otras áreas; a una *actitud escéptica*, más o menos confesada, que cuestiona el interés y aun la posibilidad misma de reflexionar filosóficamente acerca de la moralidad.

Por cierto que hay una “realidad institucional” que pareciera dar un mentís a lo dicho. Es verdad que no hay en Latinoamérica facultad de filosofía que no cuente al menos con una cátedra de ética y, consiguientemente, con uno o más profesores encargados de dictarla; hay alumnos que cursan la materia; existen también seminarios y cursos de especialización; hay libros de texto, compilaciones. Todo esto se da, indudablemente. Pero no alcanza a refutar lo expuesto. Por un lado, es claro que el reconocimiento institucional no garantiza *per se*, ni en el caso de la filosofía moral ni en ningún otro caso, que no puedan darse falta de interés, postergaciones poco justificadas y soluciones escépticas. Por otro lado (y sin perjuicio de lo anterior), lo que alego es la falta de interés hacia la filosofía de la moral en el ámbito de quienes se dedican en Latinoamérica a la *actividad filosófica* (doy por supuesto que tal actividad no es necesariamente coextensiva con la actividad que consiste en enseñar filosofía). Es respecto de quienes *hacen* (o *pretenden hacer*) filosofía en facultades, e institutos, que sostengo que existe falta de interés por la filosofía moral y claros signos de postergación y de escepticismo respecto de su investigación efectiva.

Los ejemplos concretos que pueden darse en este sentido, son abundantes. Quien haya frecuentado en años recientes los principales centros filosóficos de Latinoamérica sabe de la “soledad teórica” que suele padecer uno que otro especialista en temas éticos; de la urgencia de ciertas invitaciones que pretenden cubrir vacíos más o menos permanentes; de la actitud condescendiente de colegas que se autoasignan el monopolio de los temas pro-

fundos, importantes y, sobre todo, técnicamente manejables; de la poca “vigencia” de la filosofía de la moral entre las nuevas generaciones de investigadores; de los planes de trabajo dedicados mayoritariamente a temas de “filosofía teórica” (permitaseme recurrir en esto a Aristóteles); de la producción bibliográfica escasa, etc.

Para decirlo gráficamente: la filosofía de la moral no parece tener “buena prensa” entre los filósofos latinoamericanos.

¿Qué *diagnóstico* podemos hacer de esta situación? ¿Es posible identificar las causas que le han dado origen?

Intentar una respuesta afirmativa significa internarse en un campo un tanto arduo. Sobre todo porque realmente existe una constelación de factores heterogéneos que guardan relación directa con el fenómeno que nos ocupa. Intentaré en lo que sigue describir sucintamente esa trama.

/ 1 / Uno de los hechos más curiosos de la filosofía contemporánea es que la mayoría de sus “estrellas”, de sus figuras cumbre, no ha frecuentado *de manera sistemática* los problemas tradicionalmente agrupados bajo el rótulo de ‘filosofía de la moral’. Piénsese en Husserl, Heidegger, Ryle, Marcel, Carnap, Sartre, Wittgenstein, Russell, Quine, Merleau Ponty, Strawson, Whitehead,



entre otros. Sus temas preferidos, aquéllos a los que han contribuido de manera creciente, son ajenos a la temática propia de la filosofía de la moral; son temas que prescinden totalmente de ella. Sé muy bien que Husserl dio cursos sobre ética, que Ryle escribió algún artículo de contenido ético, que Sartre gestó algún ejemplo famoso y prometió un volumen de ética (que nunca produjo), que Russell escribió sobre temas éticos, aunque reconoció que no tenía nada importante que decir sobre ellos, que Strawson ha publicado dos o tres brillantes artículos de ética, que Wittgenstein dio una conferencia sobre ética y llegó a definir al *Tractatus* como persiguiendo un fin ético, etc. Pero creo que estos casos no invalidan mi observación sino que más bien la confirman: ninguno de estos filósofos se ha dedicado *de modo sistemático* a reflexionar acerca de la moral. Y cuando lo han hecho sus reflexiones han sido meramente episódicas o subsidiarias de sus grandes temas centrales.

Ahora bien, es indudable que en la nómina ofrecida están mencionados los filosóficos que más han influido durante los últimos treinta o cuarenta años, en el pensamiento filosófico latinoamericano. Y como la importación tiene sus reglas (inclusive cuando se trata de bienes culturales), es obvio que no sólo hemos incorporado sus doctrinas a nuestras formas de pensamiento filosófico, sino que también hemos asimilado su actitud ascética hacia los problemas de la filosofía de la moral.

Este es, sin duda, el factor que más ha ayudado a generar la *capitis diminutio* que padece la filosofía de la moral dentro de la práctica filosófica latinoamericana.

/2/ Otro factor que también tiene influencia es el *marxismo*.

El fenómeno del marxismo en Latinoamérica es, a esta altura de los tiempos, un fenómeno sumamente complejo que trasciende las categorías políticas y que hace rato merece una reflexión seria acerca de su real dimensión. No es mi propósito tocar ese tema aquí. Sólo señalaré que cuando hablo de marxismo no me refiero a ese curioso fenómeno de producción y consumo masivos, cuyos beneficiarios inmediatos parecen ser ciertas editoriales y librerías. Tampoco me refiero a la doctrina o, mejor, al conjunto de doctrinas que utilizan en su praxis política ciertos grupos y partidos. Con "marxismo" me refiero en cambio al conjunto de teorías económicas, políticas y filosóficas originadas en Marx y en Engels, y continuadas por Lenin, Lukács y Gramsci, entre otros, y sujetas, como cualquier otra teoría de esos tipos, a la discusión y al análisis críticos.

Ahora bien, dentro del vacío producido por el fenómeno relatado en /1/ y por el que mencionaré en /3/, el marxismo ha funcionado de hecho como una especie de instrumento de succión, de modo tal que los temas centrales de la filosofía práctica y específicamente, de la filosofía de la moral, han pasado a sus manos. Pero, a su vez, como el marxismo ha tenido muy poco que decir (y consiguientemente sus seguidores no tienen mucho que decir) acerca de las múltiples facetas del fenómeno de la moralidad, el resultado ha sido contrario a la afirmación

de un interés y desarrollo auténticos de los problemas de la filosofía de la moral. Esos problemas —básicos y esenciales como son para plantear y elaborar una concepción filosófica de obrar del hombre—, han sido absorbidos por lo general dentro de la teoría de la ideología o sólo han merecido fuera e ella referencias generalmente anticuadas, no siempre agudas y, a la vez, propias de un partidismo filosófico poco feliz.

/3/ El tercer factor es posiblemente el más inesperado de los tres.

Si bien, como he señalado en /1/, la mayoría de las "estrellas" filosóficas contemporáneas ha omitido formular planteos sistemáticos de filosofía de la moral, hay por cierto otras "estrellas" que han adoptado la actitud opuesta. Y hay además un número extenso de brillantes filósofos contemporáneos que se han dedicado casi de modo exclusivo a tales planteos. El "silencio ético" de algunos de los grandes maestros de la filosofía contemporánea, no ha impedido, pues, que la filosofía de la moral alcanzara en nuestra época el punto más alto, quizá de su desarrollo teórico. Piénsese en las contribuciones de Bergson, Moore, Hartmann, Lewis, Dewey, Croce, entre otros, y en las de especialistas como Scheler, Perry, Ross, Stevenson, Nelson, Hare, Hart, etc.

Ahora bien, uno de los rasgos típicos de la filosofía de la moral contemporánea consiste en la discusión, extensa y prioritaria, de cuestiones ontológicas, gnoseológicas, lógicas y epistemológicas que subyacen a sus temas tradicionales. Ese tipo de discusiones ha sido rotulado "metaética" por los filósofos analíticos; pero en verdad ellas son comunes a toda la reflexión ética contemporánea, casi sin distinción de escuelas. Por eso, el uso de "metaética" puede extenderse sin violencia a todas las discusiones contemporáneas de esa índole.

La asimilación de las doctrinas éticas contemporáneas por parte de los filósofos latinoamericanos enfatizó, hasta casi rayar en la unilateralidad, ese interés por la metaética. Con ello transformó a la disciplina en algo aburrido, al tornarla extraña al *obrar* moral humano. Moore y Scheler, por ejemplo, han escrito dentro de la venerable tradición normativa que la ética ostenta desde Platón y Aristóteles, y consideraron importante iniciar sus elucubraciones con reflexiones ontológicas y gnoseológicas acerca del ámbito valorativo. En Latinoamérica, en cambio, las discusiones referentes a Moore y a Scheler han insistido, monotématicamente, en temas tales como la indefinibilidad de *bueno*, la "falacia materialista", la captación emocional de los valores y la jerarquía axiológica, con total prescindencia del carácter instrumental de esos temas. El resultado, insisto, ha sido el aburrimiento de estudiantes y de colegas. Resulta difícil llegar a comprender qué tiene que ver la morosa discusión de esos temas con la prometida teorización acerca del obrar moral del hombre. Confieso haber incurrido a menudo en este "pecado".

En suma los tres factores suscitadamente identificados explican en gran parte, creo, el desinterés, la postergación y hasta el escepticismo que están asociados a los estudios de filosofía moral en Latinoamérica. No pretendo

alegar que sean los únicos, pero sí que son los más importantes.

III

Cómo superar esta situación? Pienso que una estrategia posible pueda ser ésta.

/ 1 / Ampliar y profundizar en facultades e institutos de filosofía el estudio y la investigación de temas propios de la *filosofía práctica* (meramente recorro a Aristóteles). Uso "filosofía práctica" como un término general que abarca áreas que podemos rotular "filosofía de la moral", "filosofía del derecho", "filosofía política", "filosofía social". El conjunto de todas ellas deberían proporcionar una teoría general del obrar humano.

Adviértase la porción mínima que los *curricula* estándar dedican a la *filosofía práctica*, frente al carácter monopolístico de la *filosofía teórica*, y se tendrá una idea de lo mucho que hay que hacer para lograr un equilibrio óptimo en la formación de estudiantes e investigadores.

Adviértase también que sólo a través del desarrollo integrado de las áreas mencionadas puede lograrse un enfoque adecuado de ciertos temas centrales del obrar humano. Tómese, por caso, el problema de la justicia. Es muy claro que pertenece *prima facie* a la ética. Pero también es claro que resulta insuficiente su tratamiento sin ubicarlo en los ámbitos jurídico, político y social. Es en estos ámbitos en donde el desarrollo de ese problema clásico debe recibir su desarrollo más completo.

/ 2 / En el caso particular de la filosofía de la moral parece necesario promover un enfoque amplio de sus problemas que por una parte la asocie a grandes temas metafísicos y antropológicos y que, por otra parte, permita la aplicación de sus logros a temas recurrentes con dimensión moral, que se ventilan dentro de la vida social e individual. Un esquema posible de tal enfoque es el siguiente:

A. *Temas generales*

- Concepciones de la naturaleza humana
- Teoría de la acción humana
- Libertad y determinismo
- Altruismo/egoísmo

B. *Temas específicos*

- Lógica del lenguaje moral
- Teoría de las razones (teoría de la justificación moral)
- Criterios de corrección/incorrección, *summum bonum*, etc.
- Moral social (reglas, instituciones, "códigos morales") y moral individual (virtudes, *akrasia*, etc.)

C. *Temas de aplicación*

- aborto
- castigo
- pena de muerte
- resistencia civil

Por cierto que esto no es, ni pretende ser, un programa acabado de temas, sino sólo un ejemplo de líneas generales que tal programa debería seguir. En verdad, no es mi propósito *pontificar* acerca de cómo hacer filosofía de la moral, sino señalar la necesidad de una apertura en su concepción y, consiguientemente, sugerir una línea posible (sin duda hay otras) dentro de las cual esa apertura podría tener lugar.

/ 3 / Aprovechar, por fin, los diversos aportes contemporáneos, con un criterio amplio en cuanto a escuelas, movimientos, "ismos", etc. Es un hecho muy claro que las diferencias de escuelas, que suelen generar abismos insondables entre partidarios de unas y otras, parecen suavizarse notablemente en el área de la filosofía de la moral. La posibilidad de un aprovechamiento *inteligente* de elementos teóricos diferentes, es pues factible no sólo en la teoría, sino también en la práctica.

IV

Filosofar acerca del hombre, en general, y de su dimensión moral, en particular, no es cosa fácil. Y ello —como ha señalado Bernard Williams— por dos razones. Lo primero es que en estos campos uno tiende a revelar las limitaciones e inadecuaciones del *modo personal* de ver al mundo, más que en otras áreas de la filosofía. La segunda es que se corre el riesgo de ser *tomado en serio* y, consiguientemente, de confundir a la gente en cuestiones de suma importancia. "Mientras que pocos autores de ética —dice Williams— no han evitado el primer riesgo, son muchos los que han evitado el segundo, sea porque han hecho imposible que se le tomara en serio, sea porque se han rehusado a escribir sobre cosas realmente importantes, o por las dos cosas juntas". La moraleja es obvia: el problema consiste en asumir el hecho de que podemos (y que deberíamos) ser tomados en serio cuando opinamos filosóficamente sobre estas cuestiones importantes.

